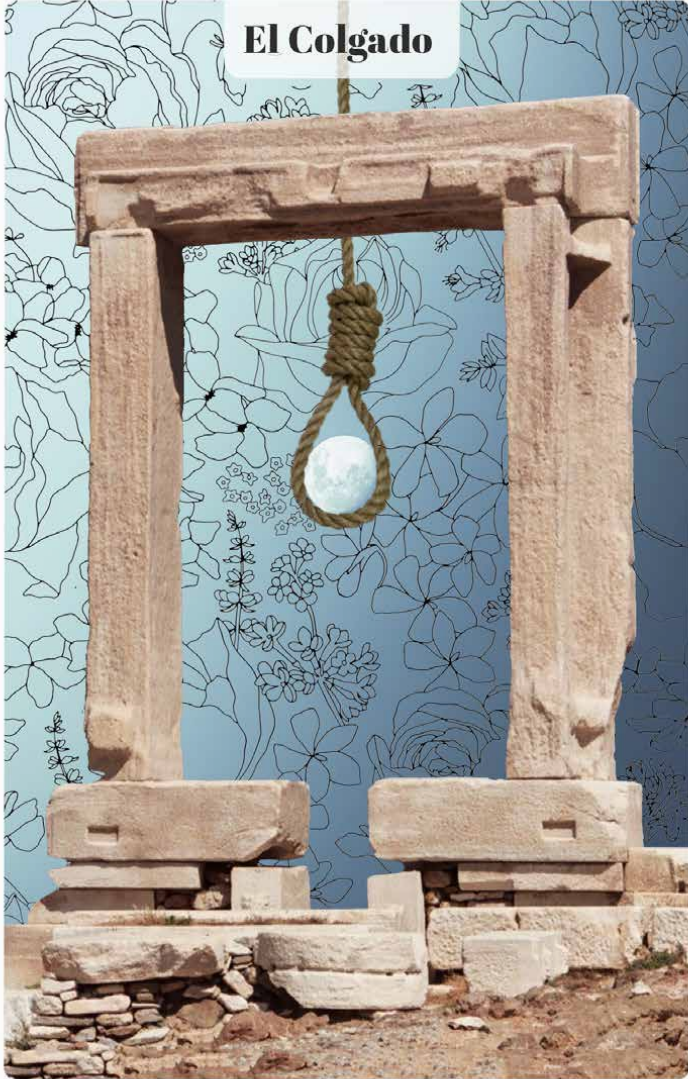


El Colgado



© *El Rey Demetrio*, 2021

© Ingrid Chicote, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Dirección editorial: María Gabriela Lovera

Selección editorial / Tarot: José Miguel Navas

Diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

El Rey Demetrio





El Rey Demetrio
Ingrid Chicote

Colección Arcania

El Colgado



ARCANO XII
EL REY DEMETRIO

*A Constantino Kavafis
que presintió a mi bisabuelo*

El Rey Demetrio había sido justo. Extendió su mano a cada hombre que necesitó de él, incluso para la muerte. No encontró en las riquezas del oro y de la plata el valor de la sonrisa conquistada y de buena gana distribuyó entre los suyos vida, esperanza y cordialidad. La impronta de Deméter lo precedía y para agradecer la vida la honraba en cada jardín de Macedonia. Sus guerreros no comprendían su sensibilidad pero el pueblo amaba celebrar la primavera con bellos cantos y juegos florales. Sin embargo, a Demetrio le placía sentirse ciudadano, pertenecer a las multitudes, saberse uno más, pero el azar le dio otra responsabilidad.

Por su educación aprendió que, con el nombre, era entregada la misión de vida, el sino existencial. Al nacer había sido ofrecido a la diosa. No era el destino de Demetrio ser rey. Siempre lo supo. Sabía bien que nunca sería como su hermano y respondía a la transitoriedad del poder con compromiso sincero. Bien sabía que entre su hermano y él la diferencia era in-

mensa. ¿Quién podía luchar contra el vivo y lacerante recuerdo de Alejandro Magno? Fue entonces cuando comenzó a esperar a los bárbaros.

Demetrio confiaba en sus hombres. Sabía quiénes eran sus enemigos. Su hermano tuvo tiempo para describirlos y para darle algunas estrategias de combate. Supo por él de la voluntad que poseían los bárbaros, que los superaban en número, fuerza y capacidad para matar todo lo que se les atravesara en su camino, sin mediar palabra. Sin embargo, como rey de Macedonia podía dudar de todo y consultar con su oráculo a ver qué cosas eran importantes para esos seres de fuerza mítica, destructores de imperios.

El gran Oráculo Kavafis de Alejandría consultó con sus medios de papel y fuego:

—Los bárbaros no llegarán pronto y aunque me equivoque, tú... ¡oh gran Rey!... aunque prepares pergaminos, escribas los nombres de nuestros ministros, senadores, cónsules, pretores, generales firmando un discurso que anhelas sea conocido en el futuro, no conseguirás salida a la decisión divina. Ni por todo el oro y la plata que muestren tus hombres envueltos en togas de púrpura bordadas se puede contradecir el destino. No se puede esperar nada de afuera que ya no haya sido concebido dentro.

—Habla prístinamente Kavafis de Alejandría. Explica que has querido decir. ¿Vendrán o no vendrán los bárbaros?

—No tienen que venir mi Rey. Los bárbaros habi-

tan entre nosotros. Abanicaban tus noches calurosas esperando tu locura o tu muerte. Muestran sus pulseras de amatista, sus sortijas de esmeralda y sus bastones labrados en preciosos metales. Deberías pensar en irte lejos donde no te alcance la codicia de los hombres que anhelan tu poder. Solo puedo prevenir. Todo terminará y lo sabrás por el colgado en el camino.

El Rey Demetrio se encerró en el silencio. Quería comprender claramente qué había querido decirle su oráculo. La habitación que ocupaba en la bella construcción, inocente a cualquier ataque y en la cima del Monte Édhessa, al sur del lago Prespo, se ventilaba trayendo consigo noticias del Golfo de Tesalónica. No lograba descifrar lo que había dicho Kavafis de Alejandría. Tampoco lograba captar los mensajes que traían el viento y las estrellas de esa noche.

El Rey Demetrio ansiaba dejar toda guerra atrás. Los hombres libres necesitaban vivir de los dones divinos dados al nacer. ¿Era su destino ser colgado? ¿Acaso era lo que había querido decir el oráculo? ¿Es que acaso su madre se equivocó al ofrecerlo a la Diosa de la Primavera? Se sabía rey accidental. Su muerte era deseada por sus enemigos. La anhelaban. Sobre su cadáver los guerreros inaugurarían nuevas batallas pero estaba seguro que no sería colgado. Los bárbaros, los suyos, no se atreverían a tanto.

Muy interiormente deseaba cabalgar lejos de todo. Irse hacia tierras de Grecia, atravesar el territorio desde el Monte Édhessa hacia Pélla. Llegar a Tesalónica y

de allí embarcarse en un navío, sin que nadie lo conociera, en el puerto del Golfo de Hagión Oros. Soñaba atravesar el Mar Egeo y llegar a Naxos la blanquísima aldea de belleza salina. Ese lugar misterioso donde las túnicas azules bailaban al son del viento y el mar arribaba cantos a la orilla para celebrar el día y la noche.

—Poseidón, no soy Ulises: déjame llegar a Naxos que no Ítaca. No he matado a Polifemo. —Pensaba el Rey Demetrio en su anhelo.

Habían pasado algunas semanas desde la consulta con el oráculo. La noche estaba entrada en estrellas y Demetrio observaba la vasta bóveda a ver si conseguía develar su destino. No podía dormir. Las preocupaciones le espantaban el sueño. Esa noche pensaba en el rumbo que seguiría si lograba despejar las contradicciones que le mantenían atado a un trono que, aunque había aceptado para honrar a su hermano, no era lo que soñaba para sí, cuando fue abruptamente interrumpido. Un susurro se coló en su alcoba:

—Rey Demetrio venga. No hay tiempo que perder. Apúrese. Lo vienen a matar... —dijo en tono casi imperceptible uno de sus hombres de confianza y prosiguió— El caballo está listo para emprender la huida.

Demetrio no huyó. Enfrentó a sus enemigos. Sabía que su destino no era ser rey pero lo era: Demetrio, Rey de Macedonia no huiría como cobarde. Fueron muchas las horas que Alejandro pasó con él leyendo lecciones sobre el honor. Les dijo a sus hombres que quien quisiera podía irse, pero él esperaría para lu-

char hasta el final. Era una decisión irracional pero sus hombres leales no lo abandonaron. Con su corona sencilla y brillante, como su alma, aguardó sentado en su lugar. Los bárbaros se habían presentado: eran sus propios generales. Sin mucha discusión lo destronaron y él lo permitió.

Aunque lo deseaban no pudieron matarlo. La serenidad con la cual les entregó todo lo que les había preparado, impidió que le dieran una muerte indigna. Estaban seguros que no podían acabar con la leyenda de Alejandro Magno, destruyendo a su estirpe cobardemente. Demetrio, tan pulcro en su condición de Rey de Justicia, escribió su propio camino con arrojo y valentía. Una vez más se demostró que su intuición era perfecta. Mientras entregaba el trono comprendió a Kavafis de Alejandría: los bárbaros no llegarían de afuera: estaban adentro. Eran sus propios hombres codiciosos de poder por poder.

Se cambió su vestimenta real, despojándose de tal condición. Compartió el ropaje de los comunes, convirtiéndose en un ciudadano más de Macedonia. Dejó en esa habitación la justicia de los hombres, los sueños de la paz y el ágora que había heredado de su hermano. Se llevó el papel de arroz, la rústica imprenta, algunos pergaminos para ir escribiendo un diario de viajes, especies exóticas y las recetas de cocina que Alejandro había traído al transitar por la ruta de las especias y a las que se había acostumbrado. También se llevó consigo algunas semillas y herramientas para labrar la tie-

rra. Pidió a sus destronadores que le dejaran marchar con sus hombres más leales y sus esclavas más queridas. Y así fue.

El oráculo, como Sumo Sacerdote, lo seguía en silencio. Garantizaba así la perfección de un viaje en conexión con las fuerzas entre el cielo y la tierra. Sus esclavas parecían mujeres libres. Los caballos remontaron el Monte Édhessa para dirigirse a Hagión Oros. Podían sentir desde las alturas la furia del viento. Soplabla la brisa en las alturas montañosas. Ese verdor salvaje e intrincado estaba lleno de cabras y de algunas aldeas que nunca habían sido descubiertas ni por los más aviesos guerreros. Esos seres aparentemente salvajes vivían de la intuición de un ermitaño que los guiaba y que había desarrollado las artes místicas que bendecían la existencia en medio de la naturaleza virgen. El fuego, en su lenguaje común, era una manera de comunicarse y espantaba el frío.

Aunque hubiera querido no podía quedarse en esos lugares. Demetrio quería llegar a Naxos. Sin embargo, no se opuso cuando algunos de los que iban con él prefirieron asentarse en esas aldeas desconocidas. De vez en cuando un halcón surcaba el cielo y a lo lejos, en las cimas de los montes más altos se veían las harpías en sus nidos en la espera de que cualquiera de los viajeros cayera muerto para alimentarse. Nunca fueron atacados por ellas. Estaban satisfechas. La diosa Deméter les había saciado el hambre para que Demetrio y sus hombres siguieran su camino en paz.

Durante la larga travesía fue dejando algunos mensajes y claves para que, cuando otros quisieran seguir sus huellas, pudieran encontrar los signos del tiempo: las piedras amontonadas sobre algún cadáver, algunos lugares donde rindieron homenaje a sus dioses protectores. Pequeños jardines. Una piedra donde tallaron un canto primaveral. En un enorme árbol de olivo dejaron pieles, cueros, espadas, un gran escudo, una copa de oro, una paloma blanca y unas ánforas de escanciar vino. La vida misma es un ritual de tránsito, tan sagrado, que era necesario agradecer a los dioses.

Cuando al fin habían llegado a Tesalónica, el ejército se preparaba para embestir quien sabe a qué territorio. La vida era la guerra, la conquista: hombres en permanente posición de combate. La noticia de que habían destronado a Demetrio y que éste hacía un viaje por las intrincadas montañas para partir a Naxos por el Golfo de Hagión Oros había llegado a Tesalónica. Quería llegar a Naxos. Allí nadie quería enfrentarse a un rey que había salido ileso de Macedonia por su estatura moral. Así que nadie le impidió el paso.

En el camino que llevaba al puerto del Golfo de Hagión Oros, por el que necesitaba pasar con sus hombres para llegar a la pequeña embarcación que lo esperaba, había mucha gente alrededor de tres leños en forma de puerta donde había sido colgado un hombre por un pie. El hombre en cuestión tenía las manos atadas a la espalda. Las mejillas se le estaban hinchando por la posición. No podía cerrar los ojos y ya no tenía

voz para pedir ayuda. Su cabeza estaba llena de sangre. Sus cabellos llegaban al suelo.

El Rey Demetrio escuchó a todos mientras caminaba hacia el colgado. No pudo evitar mirarlo con compasión. Se dio cuenta de que estaba siendo sacrificado cruel y lentamente. Observó sus ropas bordadas que hablaban de un noble. El hombre ya se sentía vencido, no tenía fuerza para seguir intentando salvarse.

El colgado había renunciado a la vida. Había perdido la esperanza. Su pecho estaba hinchado. Solo esperaba la muerte. Demetrio preguntó por qué ese hombre estaba colgado en esa posición. Muchos se reían, otros decían que era justo y otros no decían nada porque era un mensaje para todos. Un mensaje militar. Alguien en la turba gritó: ¡sálvalo Rey Demetrio: es un gran poeta! Demetrio sacó su espada y descolgó al hombre y su comitiva auxilió al pobre ser, que ya estaba casi muerto. Lo llevaron con ellos hasta la embarcación y nadie se atrevió a pararlos para evitar que salvaran al colgado. Demetrio demostró que un rey de espada siempre será un rey. Dicen que el colgado aún es uno de sus más fieles siervos.



INGRID CHICOTE
(CARACAS, VENEZUELA, 1965)

Docente, escritora y editora. Promotora de lectura y escritura. Su taller de investigación literaria tiene dos décadas de funcionamiento y de él han salido numerosos autores. Actualmente se dedica a la formación de escritores y editores en su taller «El secreto arte de hacer libros». Su labor en todas estas áreas ha sido reconocida dentro y fuera de su país natal. Ha sido publicada por editoriales nacionales e internacionales.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)